



Cuadro de José CUSACHS.

Tentadora la oferta para un hombre hambriento y fatigado, Goya la aceptó sin vacilar y en pos del ventero subió a la habitación, donde, en efecto, halló una cama bastante aceptable y pudo satisfacer las apremiantes exigencias del estómago.

Satisfechas éstas, don Francisco, cuando el ventero se retiró, después de darle cortés las buenas noches, examinó, no sin sobresalto, la difícil situación en que se hallaba; pero, como su cansancio era mucho, pensando, sin duda, que la suerte estaba echada y que al que está perdido por mil, le es igual estarlo por mil y quinientos, se acostó tranquilamente, y a los pocos minutos roncaba como un bendito.

Después de unas cuantas horas de sueño, el hoy célebre hijo de Fuentedetodos despertó al par que la aurora, y no bien despertó, la realidad se le impuso, mostrándole el terrible aprieto en que se hallaba.

Tal vez sin darse cuenta de ello, guiado por el instinto tal vez, abrió un balcón que en el cuarto había y sus ojos brillaron de contento, porque aquel bienaventurado balcón que daba al campo, y que apenas distaba del suelo cuatro varas, le ofrecía un seguro y cómodo medio de escapar, sin que el ventero lo notara.

A huir por el balcón iba, en efecto, el bueno de don Francisco, cuando, recordando que era pintor, pensó, que si con dineros nó, podía con unos cuantos minutos de trabajo pagar generosamente cama y mesa, y,

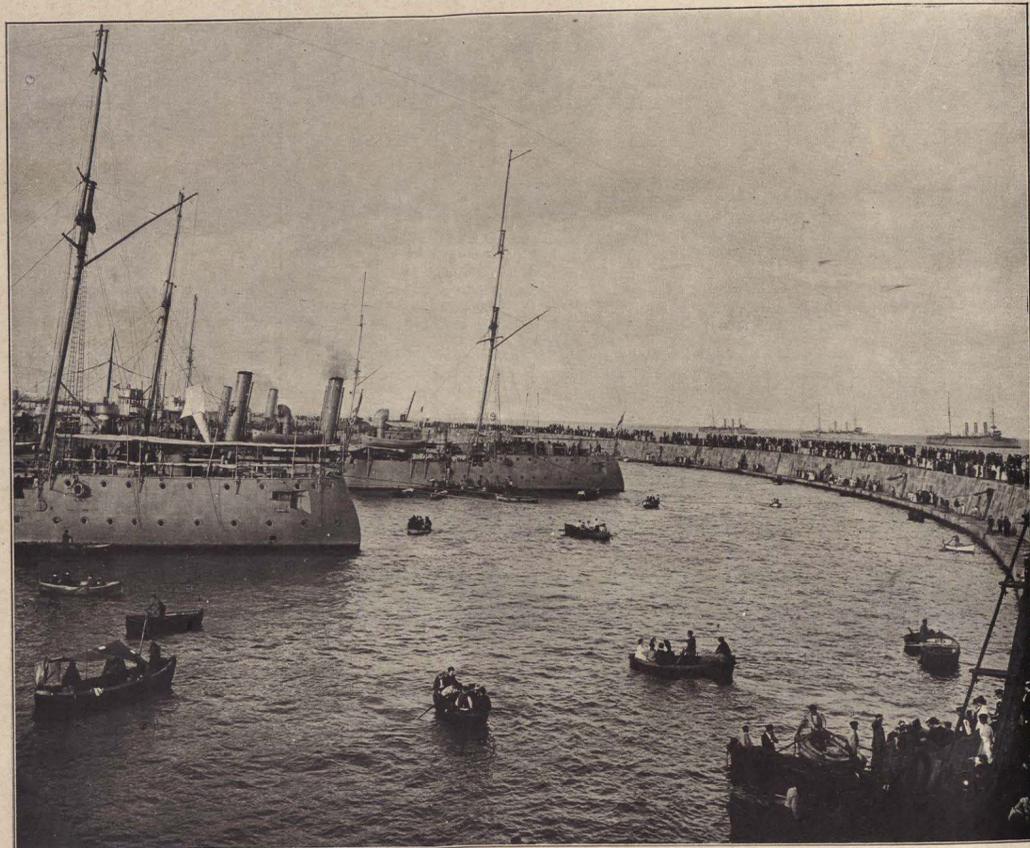
cogiendo la servilleta de que para cenar se sirviera, en ella y riéndose, mientras pintaba, de su propia diabólica ocurrencia, pintó...

Sólo a Victor Hugo le ha sido lícito escribir, sin ofensa de sus lectores, la palabra que denomina lo que Goya pintó en la servilleta; únicamente a él, que lo emplea en *Los Miserables*, le ha sido permitido el uso de tan grosero vocablo, que usado por Cambrone, para contestar al *rendez-vous* que le dicen los ingleses, se convierte en la más hermosa y más heroica de las expresiones posibles.

Mucho más elocuente y viril, en efecto; mucho más espontánea y expresiva que la pensada y académica frase: «La guardia muere, pero no se rinde;» la palabra empleada por Cambrone agranda y avalora el heroísmo de aquel animoso soldado que, al rechazar la rendición y con ella la vida, contesta de un modo tanto más noble y elocuente, cuanto más grosero é insolente; tanto más sublime y heroico, cuanto mayor es el desprecio de la vida y el odio a sus enemigos que demuestra.

Dicho ya lo que Goya pintó y volviendo a mi relato, no bien terminó su obra, corrió al balcón, salvó la barandilla, se agarró a uno de sus hierros y, descolgándose por él, ganó de un salto el campo, por el cual echó a correr como alma que lleva el diablo.

Más de tres horas habían transcurrido, desde que don Francisco saltó por el balcón, hasta que el ventero, viendo que su huésped no daba se-



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA — VISTA PARCIAL, DESDE LA ESCOLLERA.

ñales de vida, se atrevió a llamar, tímidamente primero y repetida y fuertemente después, a la puerta de su cuarto.

Como, a pesar de los recios golpes y voces que tanto él como su mujer daban llamando al huésped, éste no les contestaba, el ventero pensó que podía haberle sucedido una desgracia, y como sabía que la estancia tenía un balcón que daba al campo, cogió una escalera de mano, la sacó a la parte exterior de la casa, la apoyó en la pared y, encaramándose por ella, llegó al balcón, que con gran sorpresa suya halló abierto de par en par; comprendiendo que el pájaro había volado utilizando aquella salida, para burlarse de él, marchándose sin pagarle.

—¡Ladrón! ¡rufián! ¡hijo de mala madre!—gritó airado; y mientras abría la puerta para que su mujer pudiera entrar, echó por su boca cuantos votos, blasfemias, sapos y culebras puede echar un ventero al que un caminante se le escapa sin pagar el gasto.

Haciendo dúo a su marido, la ventera desatóse también en imprecaciones y dicerios, llegando éstos al *máximum* cuando sus ojos se fijaron en la malhadada servilleta de la cena.

—Mira,—dijo mostrando a su marido lo que ella creía objeto real y era únicamente una pintura,—¡mira, el muy indecente lo que ha hecho!

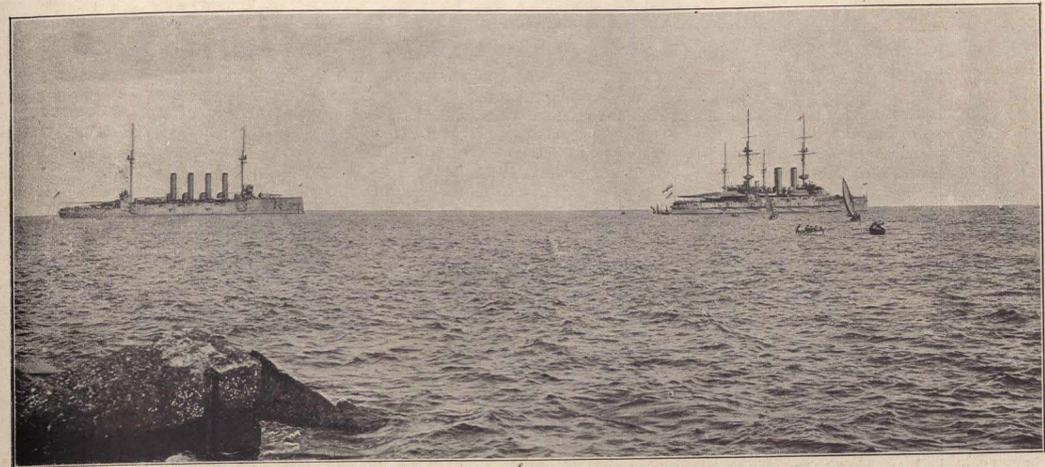
Rugió el ventero de ira y, no pudiendo apenas hablar, porque el furor se lo impedía,—Bueno, bien,—balbuceó,—recoge eso y sacude la servilleta por el balcón para que después la laves.

Con mucho cuidado, temiendo mancharse los dedos y con visible repugnancia, la ventera cogió por las cuatro puntas la servilleta y, acercándose al balcón, la sacudió repetidas veces, a pesar de lo cual, la malhadada substancia a ella adherida continuaba sin desprenderse, lo cual hizo que la mujer, comprendiendo al fin que se trataba de una imitación, se atreviera a examinarla de cerca y hacérsela examinar a su marido; quién, después de un detenido examen,—¡Y que parece de veras!—exclamó, lleno de asombro.

—Y tan de veras,—repuso la ventera,—porque yo hubiera jurado hasta que oía.

—Pues mira tú, esto debe ser muy bueno cuando así nos ha engañado; y como las pinturas buenas se venden caras, puede que el huésped, en vez de perjudicarnos, nos haya favorecido.

—Puede,—contestó la ventera; y marido y mujer, halagados con la esperanza de vender en un buen precio la famosa servilleta, contaron aquella noche a sus huéspedes la aventura de por la mañana, repitiéndola des-



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA — LOS BUQUES ALMIRANTES FONDEADOS FUERA DEL PUERTO.

pués en los días sucesivos a cuantos viajeros pararon en la venta, hasta que uno de ellos, persona rica é inteligente en pintura, adquirió por cien ducados el extravagante recuerdo que el huésped huído les dejara.

Después de algunos años, don Francisco de Goya, célebre ya, y ya pintor de Cámara de S. M. el Rey Don Carlos IV, hubo de pasar por la venta de marras, y recordando lo que en ella le había sucedido, determinó hacer alto para dormir en ella y averiguar, si le era posible, el desenlace de su cómica aventura.

Invitado a ocupar la misma habitación que ocupó la vez primera y tratado desde el primer momento con todo género de consideraciones, Goya, que no tenía nada de tonto y sí mucho de avisado, comprendió por las miradas, sonrisas y cuchicheos del ventero y de la ventera, que ambos le habían reconocido, a pesar de lo cual, y esto no dejó de extrañarle, los dos se esmeraban en servirle.

Dejándose servir y obsequiar y sin darse por entendido, ni de la aventura pasada, ni de la afabilidad y cortesía presentes, don Francisco saboreó la, para una venta, espléndida cena que le fué servida, al terminar la cual, preguntó cuánto importaba el gasto, porque, según manifestó, tenía que echar a andar al amanecer el nuevo día.

En vez de contestar directamente a esta pregunta, el ventero, con la sonrisa en los labios, queriendo y no atreviéndose y con esa afabilidad y agrado *sui generis* que usa la gente del campo cuando tiene que pedir algún favor,—Yo conozco a usiría,—dijo a Goya rascándose la cabeza.

—¿Que me conoces?
—Sí, señor: mi mujer y yo hemos reconocido a usiría y no queremos que usiría nos pague, sino que haga lo que hizo la otra vez.

—¿Yo, la otra vez? ¿Y qué vez es esa de que hablas?
—La vez que usiría honró mi casa y cenó en esta misma habitación, marchándose por el balcón a la mañana.

—No lo niegue usiría;—añadió a su vez é interrumpiendo a su marido la ventera:—y como nada le cuesta y con ello nos favorece mucho, márchese usiría sin pagar y haga ahora lo que hizo la otra vez.

—Ya que me habéis conocido y que os empeñáis en ello,—dijo Goya,—os dejaré otra servilleta.—Y al decir esto sonrió pícaramente;—pero, decidme: ¿por qué queréis que vuelva a pintaros lo mismo?
—Porque un viajero que pasó por aquí nos dió cien ducados por la otra.

—Cara pagó mi porquería,—exclamó el pintor de Cámara riéndose,—pero, en fin, os daré gusto a condición de que, como anteriormente, he de salir por el balcón, debajo del cual me esperará mi criado con los caballos ensillados y prontos y dispuestos para el viaje.

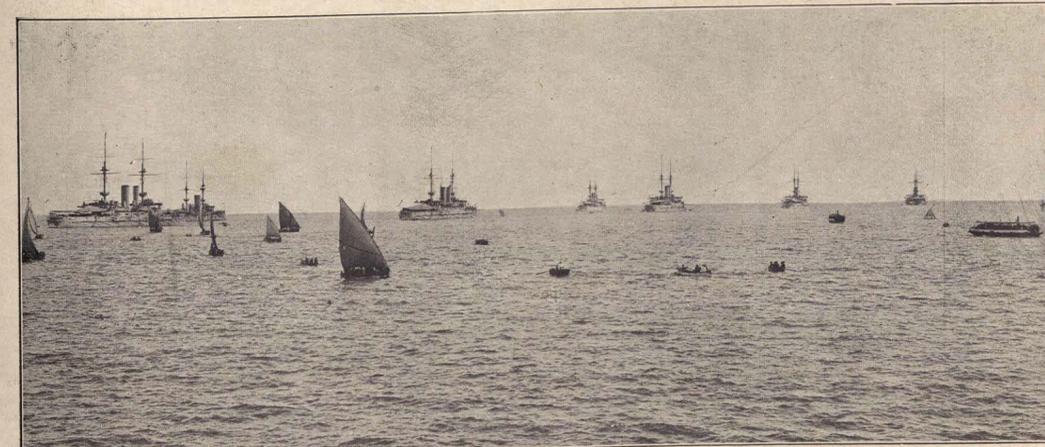
Conformes con estas condiciones, el ventero y su mujer dieron las buenas noches a su huésped, el cual, después de cerrar la puerta por dentro, se acostó tranquilamente.

Al amanecer del siguiente día, Goya salió en efecto por el balcón, dejando como la vez anterior un recuerdo, que si bien era obra suya, no era una obra de arte.

Las imprecaciones, por tanto, los denuestos é improprios que el ventero y la ventera habían prodigado injusta y anteriormente a su huésped, pudieron, debieron y fueron, a no dudar, fundadamente repetidos esta vez, cuando al entrar en la habitación de Goya, poco tiempo después de salir éste por el balcón, vieron lo que el célebre pintor había hecho.

¿Es cierta la historietta que acabo de referir?
Lo ignoro, a decir verdad; pero, dado lo que Goya fué, hizo y pintó, no juzgo inverosímiles ni el primero ni el segundo de los lances referidos, pareciéndome, por lo demás, que si este último es cierto, el célebrimo pintor aragonés castigó con una chuscada la desmedida avaricia del ventero, por cuya razón este cuento ha sido titulado: «Genialidades de un genio, ó la avaricia de un ventero, castigada.»

MARIANO VALLEJO



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA — SITUACIÓN DE LOS DEMÁS BUQUES, FUERA DEL PUERTO.